

Las Dudas del General Anaya

POR RENE ZAVALA MERCADO

SI hay una situación incómoda en este mundo es la que vive el ejército argentino. Después de haber intentado tener coherencia por sí mismo (con Onganía, con Levingston, con Lanusse) ahora no tiene otro remedio que esperar, con una suerte de terquedad sin convicción, que la coherencia le venga de un gobierno en el que ya no puede creer. Está, para decirlo al punto, esperando de afuera lo que afuera no existe. Sus dificultades, por eso, provienen no tanto de sus enemigos sino de los que se exaltan como sus amigos más juramentados. Aún si la guerrilla desapareciera en un mágico lampo, la situación no haría otra cosa que quedar en el insistente encierro en que está.

Es una perplejidad que no deja de tener sus manifestaciones. El general Anaya, jefe del ejército, ha dicho en Tucumán, por ejemplo, que "la participación (de los militares) en la lucha contra la subversión se hará en los lugares donde las circunstancias lo exijan, tanto en zonas rurales como urbanas, siempre que lo disponga el gobierno". Aquí se da una mezcla más bien típica de sentimientos de omnipotencia y comprometimiento a la vez que de resignación. ¿Qué pasaría, por cierto, si las circunstancias exigen una cosa pero el gobierno decide, por cualquiera razón, todavía no exigir o disponer lo mismo? El acuerdo está, por eso, pendiente de que la necesidad de las circunstancias coincida con lo que el gobierno considere su propia necesidad.

Van más lejos, sin embargo, las dubitaciones que atormentan al mando argentino. Ha añadido el general Anaya, en efecto, que "el Poder Ejecutivo será el que disponga qué es lo que debe hacer la institución Ejército". Con lo cual, si las cosas se trasladan a una literalidad que no escapa a nadie, se pone en la luz llanamente lo que sigue. Se quiere una relación de institución a institución (se usa mayúsculas) con el Ejecutivo o sea, que la voluntad del ejército es ser una institución que dependa de otra y, en lo posible, una institución que dependa de la institucionalidad entera. Se quiere algo que es la negación de lo que existió en toda la fase peronista. Ello denota sin ambages el temor esencial de quedar a solas, frente a frente, con la guerrilla, como ocurrió en el tiempo de Lanusse, con resultados más bien deteriorantes para la institución castrense. Las diferencias, empero, son considerables. En aquel entonces la guerrilla era la punta del país entero, que era peronista; hoy, no está probado que la guerrilla signifique un movimiento tan extenso y, en cambio, lo más probable es que su fuerza provenga de los elementos de una defensa desesperada.

El general Anaya sabe bien, sin embargo, que una solución puramente técnica de la cuestión guerrillera es peligrosa inclusive si no se ven las cosas más que desde el punto de vista militar. Por eso su declaración contiene también una salvaguarda. Se dice: se hará lo que disponga la otra institución, aquella a la que se asigna (Montesquieu lo quiso así) la titularidad principal o la legitimidad culminante. Ya que estamos en este tren, empero, ¿qué pasará si el Ejecutivo en lugar de disponer bien, dispone mal? Y es, sin duda, una eventualidad no tan descartable. El sabe mejor que nadie que está ante un gobierno rodeado por las dificultades.

★

EL brete que enseña el general Anaya proviene de que se quiere dar a entender que se está ante un funcionamiento digamos normal del sistema democrático de poderes cuando todo demuestra que no es así.

Un régimen que ha tenido que intervenir en un buen número de provincias para excluir a los que se supone que fueron elegidos junto a él y dentro de su mismo movimiento, no es un régimen sin problemas. Si todos los días aparecen izquierdistas muertos y sólo se concentra la actividad del aparato represivo sobre los movimientos

guerrilleros, invocando un número mucho menor de derechistas ejecutados, se está sin duda mostrando una línea represiva determinada. Si se clausura toda la prensa izquierdista a las mismas horas en que circulan voceros como El Caudillo, que incitan francamente a las ejecuciones de izquierdistas, quiere decir que la democracia vale para la derecha pero no para los demás. Las universidades, por otra parte, han sido intervenidas, en muchos casos, además en contra de autoridades que eran peronistas. Quienes los han sustituido son personas como el último rector de la Universidad de Buenos Aires, que dijo que había que prohibir a Marx y Freud por judíos, o el actual decano de la Facultad de Ciencias Exactas que ha dicho que "el fascismo es absolutamente revolucionario" y que "como católico, creo también en los demonios".

Y todo ello ocurre no mucho después de que el señor López Rega, que parece ser un hombre de gran ascendiente en el régimen, ha dicho sin vueltas, que actúa bajo inspiración divina, y cuando la Presidenta ha ido a pasar unas vacaciones en Chapadmalal para "recuperar un estado de tranquilidad", según el testimonio oficial. Hay que reconocer, por tanto, que el general Anaya tiene algunas razones para estar atónito.

★

CON todo, tales aseveraciones del hombre principal del ejército argentino no dejan de tener cierto sentido positivo. La Argentina, después de todo, es quizá el país capitalista más desarrollado del continente latinoamericano. Las frecuentes formas farsescas de su proceso político y la inevitable inestabilidad en que vive durante tanto tiempo, ofrecen, en este sentido, una perspectiva engañosa. Hay allá, sin dudas, un desdoblamiento entre el grado de desarrollo de su estructura económica que difícilmente podría llegar más lejos dentro de un estatuto dependiente, y la tenacidad del atraso de su proceso institucional. Es natural pretender, por eso, si es que hay en efecto una ley de correspondencia entre la economía y las formas estructurales, que ese país debería tender vigorosamente a constituirse como una democracia burguesa avanzada.

Se supone que era ésta, precisamente, la tarea que debió cumplir el peronismo en su segunda época. Pero éste, el peronismo, resultó acorralado por su contradictorio contenido entre una masa portadora sin discusión de consignas democráticas y nacionales y un aparato de dirección conservador, chauvinista pero no nacional, ultracatólico y más impactado con las peifrasis musolinescas o franquistas que con su propia historia como movimiento. Fue este grupo el que, a la muerte de Perón o quizá antes de ello, temió más a las propias tendencias de su movimiento que a la conciliación con sus enemigos clásicos. Entonces la consigna "Perón o Braden" fue remplazada con el pacto con las empresas transnacionales; los que llegaron con el mayor movimiento obrero de la historia de la Argentina transformaron a su burocracia en la cárcel de los obreros argentinos y los que sacralizaron a Rosas, que fue un antibrasileño si algo fue, acabaron por seguir la política más desertora hacia los avances del Brasil reaccionario de hoy.

Sin embargo, es más que discutible pensar que este conjunto de condiciones lanzará a una población como la argentina hacia el socialismo y, si alguien piensa en ello, está pensando sin duda en una ilusión. Argentina es un país burgués. La propia oligarquía, lo que se llama así, persigue fines conservadores pero burgueses y la dirección de la clase obrera es casi tan burguesa como el sector patronal. Pero, por lo mismo, es un país que necesita desde el fondo de sí ser tan burgués, tan modernamente burgués, como su propia base económico-social y es esto lo que da perspectivas a cualquier movimiento que persiga auténticos fines democráticos y nacionales. Ahora no hay duda ninguna de que este gobierno está en contradicción con esto que es una tendencia estructural de aquella sociedad. Es de allá de donde vienen las cautelas en las postulaciones del general Anaya, las dificultades del régimen en sus relaciones con el sindicalismo y la escisión ya oficial del movimiento peronista, que no fue nunca una sola cosa y que ahora contiene oficialmente dos en franca contradicción.